

Filgrid, el mago de los caminos

Luciano Saracino

Hora de
Lectura



Filgrid, el mago de los caminos

Luciano Saracino

Ilustraciones de Carlos Pinto

Editora de la colección: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Laura Barrios

Ilustraciones de reloj: Pablo Gamba

Ilustraciones de tapa e interior: Carlos Pinto

Fotos: Latinstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Saracino, Luciano
Filgrid, el mago de los caminos / Luciano Saracino ; ilustrado por
Carlos Pinto. - 2a ed. - Boulogne : Cántaro, 2015.
88 p. : il. ; 20x14 cm. - (Hora de Lectura ; 18)

ISBN 978-950-753-419-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Carlos Pinto, ilus. II. Título
CDD A863

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2015

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-419-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Filgrid, el mago de los caminos

Luciano Saracino

Ilustraciones de Carlos Pinto

A Luis; por haber jugado conmigo.

A papá y a mamá; por haberme dejado jugar hasta tarde.

A Laura, Abril y Pino; por obligarme a jugar ahora.

A Sofía y More; por mostrarme que todavía se puede.

Y a Filgrid, por supuesto; ya que sin la caja que me reservó nada sería posible.

A Maite Alvarado, que me enseñó algunos de los múltiples caminos que llevan a los cuentos.

Capítulo I

Filgrid

Filgrid era viejo. Tan viejo como el Tiempo (aunque algunos digan que era más viejo aun).

Su cabello era blanco como la nieve que cubre las regiones del sur y en su mirada podían distinguirse muchas miradas. Como si hubiese vivido más que la mayoría; lo cual, naturalmente, era verdad.

Vestía una capa larga y raída que nunca se quitaba y que cuando el viento soplaba se ponía a bailar de un lado a otro, como si fuera un par de alas en la espalda del viejo. A él le divertía mucho cuando el viento jugaba de esa manera con su querida capa. Al viento también.

Filgrid no tenía caballo, pero sí un gato. Le gustaba caminar por los senderos atravesando bosques,

arroyos y montañas. De aldea a castillo. De castillo a pantano y así. Cuando se cansaba (cosa que no pasaba con demasiada frecuencia), Filgrid agrandaba a su gato y montaba sobre él. Quienes los veían por los caminos tenían que pellizcarse para comprobar si estaban soñando, y aun así no podían creer lo que veían.

Filgrid vendía su mercancía a todo aquel que quisiera comprarla y estuviera dispuesto a pagar el precio.

Cajas.

Eso era lo que Filgrid vendía. Cajas rojas, azules o amarillas. Cajas doradas como el oro o negras como el fondo de los pozos. Cajas de cristal, de madera o de cartón. Todas cabían en la palma de la mano, y la verdad es que eran lindas cajas.

Pero casi me olvido de lo más importante: aquellas cajas no estaban vacías.

Aquellas cajas tenían historias.

Aunque no debemos adelantarnos tanto aún. Hay un camino muy largo todavía por recorrer.

Déjenme contarles lo que pasó aquella noche en que Filgrid llegó a Ludmilia.

Capítulo II

La nena de las trenzas de oro

El viento entró como un animal asustado en aquella taberna. Los hombres taparon sus vasos para que no entrara en ellos el polvo, que volaba por todos lados. Las velas estuvieron a punto de apagarse, pero no lo hicieron porque las llamas permanecieron afeerradas con todas sus fuerzas al pabilo en el que estaban encendidas. Las sombras de las cosas y de la gente se movían al compás del baile de las velas y el viento, hasta que alguien dijo:

—Va a ser mejor que cierre la puerta, señor. A no ser que quiera que el Invierno se siente con nosotros a comer algunos pasteles.

Entonces, Filgrid y el gato entraron. La puerta se cerró tras ellos y otra vez todo volvió a ser como



siempre en la taberna (o sea, el polvo en el piso y las sombras casi quietas gracias al movimiento leve y cálido de las velas).

—Tome asiento, anciano —dijo el dueño de la taberna, un hombre con barriga y con una hija de trenzas de oro que al ver al gato se había puesto muy contenta—. Seguramente estará muy cansado después de tan largo viaje.

Filgrid se sentó.

—Es verdad que he recorrido un largo trayecto —dijo—. Pero podría seguir caminando días y días. No hay nada que me guste más.

Todas las personas que estaban esa noche en la taberna giraron la cabeza y miraron al viejo.

—¿Me va a decir que no le molesta caminar con este frío por los bosques? —preguntó un señor con sombrero grande y bigotes blancos que jugaba a las cartas con otros tres en una mesa vieja y desvencijada.

—Pues claro que no —respondió Filgrid—. El Invierno es un viejo amigo. Nos conocemos tanto que ya no nos molestamos. Hasta disfrutamos mutuamente de nuestra compañía en las noches oscuras como esta.



Índice

Libros para leer en buena hora 3

Filgrid, el mago de los caminos 5

Capítulo I: Filgrid. 7

Capítulo II: La nena de las trenzas de oro 9

Capítulo III: Ludmilia 15

Capítulo IV: Tania. 19

Capítulo V: Jeremías 35

Capítulo VI: Los Shadows del bosque

y una lucha desigual 41

Capítulo VII: Jeremías y el hada más hermosa

de la Tierra 47

Capítulo VIII: Un cierre de lo más feliz

para esta historia 53

Apunten... ¡juego! 61

Para trabajar en la carpeta 63

Aquí me pongo a contar 69

Entrevista a Luciano Saracino 71

Las mil y una hojas. 77

Con “g” de gato.... .79

Con “l” de Luna... . 81

Con “m” de mago... . 82